



Final Fantasy: una nueva perspectiva

La noche cayó plácidamente sobre el pueblo de Alexandria, tal y como lo había venido haciendo desde tres días atrás, cuando la Reina Garnet accedió al trono. En una acogedora habitación, amueblada con gusto rural, Vaneer, uno de los habitantes humanos del pueblo, se disponía a pasar una tranquila noche acompañado de su esposa.

-¿No crees que esto nos beneficia a todos, querida?- preguntó Vaneer.

-¿A qué te refieres?- contestó Rayla, su esposa.

-Ya sabes, desde que murió la reina Brahne este pueblo es un remanso de paz. Ya no se ven soldados corriendo arriba y abajo, y el toque de queda ha sido levantado.

-Tal vez, querido. Tal vez- Y, diciendo esto, Rayla apagó la luz y se arropó junto a su marido. El último pensamiento que cruzó por la mente de Vaneer antes de dormirse fue: "Espero que todo vaya bien a partir de

ahora. Por mis hijos. De verdad que sí".

Una explosión que hizo resquebrajar los tabiques de la casa arrancó a la familia de Vaneer de su sueño. Desorientado, al principio no sabía ni dónde estaba ni la hora que era. Poco a poco, fue cobrando conciencia, mientras miraba el reloj ("¿Sólo diez minutos?" pensó estupefacto) y reparaba en la agitación que provenía de las calles. Temblando más de terror que de frío, se acercó a la ventana.

-¡¡Vaneer!! ¡¿Se puede saber qué demonios haces?! ¡Aléjate de esa ventana!- aulló Rayla al adivinar las intenciones de su marido.

-Tranquila, mujer, sólo voy a ver qué...- no pudo acabar la frase. Un cascote entró disparado por la ventana y Vaneer se desplomó inerte.

-¡¡VANEER!!- Rayla sintió que un frío gélido envolvía su alma. Su marido, el amor de su vida, había perecido en una fracción de segundo ante sus propios ojos. Notó el amargo

sabor de la desesperación y el odio subiendo por su garganta, pero, extrayendo no conocía exactamente de dónde fuerzas que ni siquiera creía tener, salió de la habitación cerrando de un portazo el paso al dolor.

Rayla sabía qué debía hacer a continuación: poner a salvo a sus hijos. Vaneer así lo habría querido. Entró como una exhalación en el cuarto de los pequeños. Cogió a Marcus y a la pequeña Myrla, a quien hubo de envolver en mantas, y, con nada más que con lo puesto, salió de su casa.

Y se encontró con el infierno. O, pensó, si existía uno de verdad no debería ser muy diferente a lo que veía en ese momento. Los habitantes de Alexandria habían sido despojados de su humanidad en muchos aspectos. A los que no habían perecido, el pánico los convirtió en algo peor que animales. Sabiendo que la vida de sus hijos corría grave peligro, se alejó de allí hacia la casa de su cuñado, el hermano de Vaneer, cuya condición de armero les



proporcionaría alguna seguridad a ella y a sus hijos. Por el camino, obcecada como estaba en llegar a su destino, no reparó apenas en que estaba llevando a su hijo mayor de la mano de una manera tan obsesiva, que los pies del niño no tocaban el suelo. Obviamente, eso no contribuía a calmar al pequeño. Myrla no paraba de llorar, envuelta en sus mantas y protegida por el brazo libre que le quedaba a su madre.

Rayla observó, con el rabillo del ojo, cómo el espíritu de la desesperación había extendido sus nudosas y espeluznantes alas sobre lo que antaño se consideró a sí mismo el pueblo más civilizado de Gaya. Vió hombres, mujeres y niños corriendo desesperadamente de un lado a otro, sin ni siquiera reconocer a hermanos, padres o hijos. Los otrora orgullosos y educados miembros de la sociedad alexandrina huían despavoridos de algo monstruoso. Rayla levantó la cabeza y lo que vio estuvo a punto de

arrebatarse lo que le quedaba de cordura: Un dragón, el más grande, terrorífico y aullante dragón que jamás hubiese podido imaginar estaba vomitando fuego sobre el castillo, una vez hubo reducido medio pueblo a cenizas. Obnubilada y desorientada como estaba, una sola palabra acudió a su mente: “Bahamut”.

Bahamut. El rey de los dragones. Que Dios nos ayude.

Y reemprendió la carrera desesperada hacia el único lugar en que creía que estaría a salvo.

Por fin, tras lo que le pareció una eternidad, divisó la casa de su cuñado. Llamó a la puerta insistentemente. -¡Renfrot! ¡Ábreme, por favor! ¡Renfrot!-

La puerta se abrió de repente y una espada estuvo a punto de atravesar a Myrla.

Rayla se echó hacia atrás, cayendo de espaldas en el pavimento.

-¡Renfrot, por Dios, soy yo, Rayla!-

chilló ésta desesperadamente. -¿Rayla? ¡Oh, Dios, creía que eras un saqueador!- se disculpó Renfrot. Evidentemente, siempre había gente lo suficientemente mezquina como para aprovecharse de la situación y llevarse lo que se les antojara en medio de tanto caos.

-Renfrot, por favor, ayúdanos, sácanos de aquí- suplicó Rayla a su cuñado.

-Por supuesto, pasa, estábamos haciendo el equipaje. Como vivimos en las afueras del pueblo, nuestra situación no es tan desesperada y contamos con algo más de tiempo. Pasa, tenemos ropa y abrigos para ti y tus hijos-

-Gracias, Renfrot- agradeció profundamente -, no lo olvidaré.

-De nada. Por cierto, ¿Y Vaneer? ¿No pensará ese viejo loco en ir a ayudar a la gente, verdad?-

El silencio y la mirada de Rayla fueron suficientes. Renfrot comprendió enseguida que su hermano había muerto. La muerte no era nada nuevo para él, pues había luchado en la última guerra de Lindblum, pero aún así



perder a su hermano fue un duro golpe para este ex-soldado metido a armero. -Vosotros estáis bien. Eso es lo importante ahora. Y juro por la memoria de mi hermano que haré que eso continúe así- dijo Renfrot, solemne. -Gracias... en nombre de mis hijos, gracias...- -Seguidme-

Renfrot los condujo hacia la parte de atrás de la casa, hasta los establos. Allí se encontraba su esposa Mary y su hijo Nulik, que estaban colocando los últimos fardos en el carro.

-¡Rayla! Temíamos por vosotros, ¿estáis todos bien?- preguntó Mary. Antes de que la interpelada pudiera contestar, Renfrot dijo:

-Mary, no hay tiempo que perder. Si ya estamos listos, partamos. Ya habrá tiempo más tarde para charlar.- Su esposa entendió el mensaje, y el destino de Vaneer, y, asintiendo, colocó el último saco en el carro.

-Nulik, abre la puerta del establo y

quédate tras de ella mientras la abres.

No quiero sorpresas desagradables.- Ordenó su padre. Después, dirigiéndose a su esposa y su cuñada, añadió: -Será mejor que os ocultéis bajo esas mantas de atrás. No vale la pena correr riesgos- luego, musitó para sí -En una época yo me acostumbré a contemplar tanta desolación, pero vosotras no. Es mejor así-

Nulik abrió la pesada puerta de madera con un cuidado extremo, temiendo que una muchedumbre enloquecida entrara por ella. Por fortuna, nada de eso sucedió y, a una voz de su padre, montó en el carro de un salto. Entonces, Renfrot azotó el lomo de los dos caballos con furia y éstos salieron despedidos por la puerta arrastrando al tambaleante carro tras de sí. Los animales estaban aterrorizados y eran difíciles de controlar, pero Renfrot los había criado desde que eran unos potros y sabía cómo manejar a un caballo asustado. Lentamente, enderezó la marcha y se dirigió hacia la puerta de la muralla más cercana.

Bajo las mantas, Rayla y Mary se miraban una a la otra, mudas de terror. El estrépito era ensordecedor y casi no se oían ni pensar. De repente, Mary notó como un chasquido dentro de su cabeza. "Tengo que mirar", musitó.

-¿Qué?- preguntó Mary -¿Qué has dicho, Rayla? No te oigo apenas...- -He dicho que tengo que mirar- contestó la aludida con una mirada ausente que heló el corazón de su cuñada.

Mary intentó avisarla, pero Rayla ya había apartado de un manotazo la manta que las protegía y se irguió encima del carro.

-¡Renfrot!- chilló Mary, presa del pánico.

Su marido se giró y observó cómo Rayla estaba de pie en el carro, como si estuviera observando una simple puesta de sol. De un tirón, detuvo al caballo y, dándole las riendas a su hijo, se acercó a su cuñada.

-Rayla, ¿qué haces? Tenemos que huir, y es mejor que no veas todo esto...-



balbuceó Renfrot.

-He de verlo. Más de cerca.- Renfrot observó que Rayla miraba un extraño resplandor a lo lejos, proveniente de alguna calle del pueblo. Se giró hacia su cuñado –Renfrot, compréndelo, he de verlo.-

Renfrot comprendió los motivos secretos de Rayla. –Necesitas ver qué ha matado a Vaneer, ¿no? Muy bien. Coge un caballo. Si puedes, llega a Lindblum. Allí te esperaremos.-
-Renfrot, ¿Qué...?- empezó a decir Mary. Su marido la interrumpió: -No. Hemos de respetar su decisión. Es algo que necesita ver.-

Sin más, Renfrot se bajó del carro y ayudó a Rayla a bajar. Desenganchó un caballo del carro y lo ensilló. Con una despedida, Rayla se alejó a galope tendido hacia el origen de los destellos irisados. Renfrot la observó alejarse. Hizo montar a su esposa y su hijo junto a él y se encaminaron hacia la salida del pueblo.

Rayla galopó durante un rato y, al doblar una esquina, presencié el acto final de una lucha entre un monstruo vermiforme y dos soldados. Los reconoció, por supuesto: Adalbert Steiner, Comandante del Batallón Pluto, y Beatrix, Generala de Alexandría. Observó cómo el monstruo arrojaba un rayo devastador sobre los soldados, y cómo estos contraatacaban con otro rayo aún más potente para después despedazarlo. ¿Cómo es posible? Se preguntó ¿Nuestros protectores tienen los mismos poderes que los atacantes? ¡No puede ser!
-¡Asesinos!- se encontró gritando sin saber muy bien cómo -¡Malditos asesinos!

-Por favor, milady, no es momento de andar por las calles, este soldado intenta protegeros a vos y al pueblo- Arguyó Steiner.

-¿¡Protegeros?! ¿Con la misma magia infernal que usan esos monstruos? ¡La gente normal no puede hacer eso! ¡No sois mejores que ellos!-

- Por favor, señora, entended que nosotros...- comenzó Beatrix. Rayla

no la dejó acabar.

- ¡Vosotros sois unos malditos asesinos! ¡Unos y otros! ¡Me da igual que intentéis protegernos! ¡Con vuestras estúpidas disputas me habéis quitado lo que más quería! ¡Habéis matado a mi marido!- Para entonces, Rayla ya estaba fuera de sí, aullando a las dos figuras que se encontraban ante ella. - ¡Nosotros sólo queremos vivir en paz! ¡¿Qué derecho tenéis a meternos a nosotros en medio?! ¡¿Eh?! ¡¿Es que no podéis mataros los unos a los otros donde no hagáis daño a nadie?! ¡Id a pelear a un desierto y mataos si os place, pero dejadnos en paz de una vez, malditos asesinos, todos vosotros!-

Rayla dio media vuelta al caballo y se alejó al galope de allí. Aquello estaba lleno de muerte y destrucción. Ya no quedaba allí nada para ella.

Steiner y Beatrix se miraron el uno al otro con mirada interrogativa. ¿Tenía razón aquella mujer? ¿Realmente eran iguales a los neblinios que intentaban destruir? ¡En absoluto! Ellos eran los



abanderados en la lucha por Alexandria, la primera y la última línea de defensa contra esas abominaciones.

Su misión era proteger a la reina y a su pueblo. Pero... acababan de demostrarles que no habían sabido proteger a su pueblo. Una mujer, sólo una mujer, les había hecho más daño que diez de aquellos monstruos juntos.

- Beatrix, ¿de verdad creéis que aquella mujer se hallaba en lo cierto?- preguntó Steiner.

- No lo sé, Steiner. Sólo sé que ahora no nos queda sino derrotar a cuantos neblinios podamos, y detener la invasión. Ahora mismo, es lo único que podemos hacer. Ya expiaremos nuestros pecados más adelante. Puede que esa mujer tuviese razón, pero ahora no es momento de que dos guerreros descansen. Así pues, Steiner, ¡Adelante! ¡Por Garnet!- exclamó la Generala, mientras enarbolaba su espada, ya teñida con la sangre de sus enemigos.

- ¡Por la reina!- concordó Steiner, y su hoja brilló con un destello mortecino

a la luz de la luna.

Juntos, se abalanzaron al encuentro de su destino. El resto, como suele decirse, es historia.

FIN

amut2@alumno.uned.es